

Transitar por las revistas conservadoras en la década de los cincuenta y sesenta del siglo XX: Álvaro Jara, Rolando Mellafe y Sergio Villalobos en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* y la revista *Historia* de la Universidad Católica

Walk through the Conservative Journals in the Fifties and Sixties of the Twentieth Century: Álvaro Jara, Rolando Mellafe and Sergio Villalobos in the *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* and the journal *Historia* of the Catholic University.

Mario Andrés González

Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso, Chile
mario.gonzalez@uv.cl

Resumen

En el siguiente trabajo se establece cuál fue la posición que adoptaron dos revistas de corte conservador, el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* y la revista *Historia*, mientras fueron dirigidas por Jaime Eyzaguirre, sobre un grupo de investigadores que se formaron en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile: Álvaro Jara, Rolando Mellafe y Sergio Villalobos, los tres asociados con influencias de la escuela francesa de los *Annales*. Se sostiene que estos jóvenes fueron promovidos por la primera y que, en la segunda, si bien no publicaron nada, fueron reseñadas sus obras más señeras, demostrando con ello que no hubo una relación “en permanente conflicto” entre ambos sectores de la historiografía chilena.

Palabras claves: *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*; *Historia*; Álvaro Jara; Rolando Mellafe; Sergio Villalobos.

Abstract

The following work establishes the position adopted by two conservative journals, the *Bulletin of the Chilean Academy of History* and *Historia*, under the direction of Jaime Eyzaguirre, about a group of researchers who were trained at the Pedagogical Institute of the University of Chile: Álvaro Jara, Rolando Mellafe and Sergio Villalobos, the three associated with influences of the French school of the *Annales*. It is argued that these young people were promoted by the former and that in the

Mario Andrés González

Transitar por las revistas conservadoras en la década de los cincuenta y sesenta del siglo XX: Álvaro Jara, Rolando Mellafe y Sergio Villalobos en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* y la revista *Historia* de la Universidad Católica

Sur y Tiempo. Revista de Historia de América, N°1, enero-junio 2020, pp. 20-46.

ISSN 2452-574X

DOI: 10.22370/syt.2020.1.2045



latter, although they did not publish anything, their most outstanding works were reviewed, demonstrating that there was no “permanent conflict” between the two sectors of Chilean historiography.

Keywords: *Boletín de la Academia Chilena de la Historia; Historia; Álvaro Jara; Rolando Mellafe; Sergio Villalobos.*

1. Introducción

Desde las distintas corrientes historiográficas que surgieron a mediados del siglo XX hubo una inquietud por hacer de la historia una labor que partiera de un determinado conjunto de reglas y métodos. En un ambiente en que la ambigüedad sobre dicha cuestión era patente, debido a que existía un conjunto de historiadores que no había tenido formación propiamente tal, más allá de una fina erudición y amplio bagaje cultural, el empeño de algunos intelectuales era justamente normalizar la investigación o, por lo menos, aspirar a ello.

Las distintas Memorias de Pruebas que aparecieron en la época, vienen a corroborar que había una búsqueda por dotar de un significado distinto a la producción historiográfica. Se propusieron nuevos problemas y para solucionarlos, distintas formas. En esto concordaron algunos trabajos sobre la historiografía de ese tiempo. Para Sergio Villalobos (2000: 319), quien se formó en esos momentos, expresaba que se buscaban los “grandes fenómenos económicos y sociales, los hechos masivos y anónimos y era obligado plantear tesis e hipótesis, en forma explícita o implícita, que conducían a cuadros interpretativos. Mi generación se incorporó a la tendencia, más algunos investigadores anteriores, como Góngora y Ramírez, y aparecieron muchos libros innovadores.”

Todo el campo historiográfico estaba al tanto de estas nuevas predisposiciones. Algunos se interesaban por los mismos temas, los que estaban en parte condicionados por las escaramuzas políticas y proyectuales, pero lo cual no redundaba en que fuesen compartidos ni los métodos ni las mismas perspectivas de análisis. En una biografía sobre Jaime Eyzaguirre, los autores sostenían que a este le preocupaba que los jóvenes del pedagógico publicaran más rápido que sus discípulos de la Universidad Católica, sobre todo cuando algunos de estos trataban los mismos asuntos (Góngora, De la Taille y Vial, 2002: 193). Otro, como Salinas (1994), fue mucho más allá, y llegó postular que por esas fechas se configuraron dos tradiciones historiográficas opuestas en Chile: una Tradición del Instituto Pedagógico y una Tradición Hispánica vinculada con la Academia Chilena de la Historia.

En este trabajo queremos relativizar la última afirmación. Es una lectura interesante que aportó a un modo que intentó conceptualizar el desarrollo del

fenómeno en un lapso de más de tres décadas, pero que en los hechos no graficó ciertos matices propios del mismo proceso, puesto que al interior del Pedagógico convivieron distintas formas de inteligibilidad de la historia y no sola una, las que por lo demás mantuvieron una relación ambigua entre sí, representadas por los jóvenes historiadores con cierta inspiración de la escuela de los *Annales* francesa y un grupo de jóvenes que se había formado bajo la óptica marxista.¹ E incluso, también en el mismo periodo se erigió el Instituto de Investigaciones Históricas al interior de la Universidad Católica de orientación conservadora², constatando que la renovación historiográfica era un fenómeno que atañía especialmente a la universidad, vale decir, a cierto profesionalismo.

Suponiendo que Eyzaguirre, fundador de la Academia Chilena de la Historia y director del *Boletín* de la misma, al levantar el recién nombrado Instituto persistió en conservar cierta tradición, nos quedaría ver por delante cómo ambas instituciones se comportaron frente a la historiografía que estos jóvenes del Pedagógico estaban produciendo. Señalamos, desde ya, que la posición de esta “tradición hispánica” frente a estos dos grupos, si es que se puede tipificar a ambos, adoptó distintas características.

La relativa a la tendencia marxista, la hemos tratado en un trabajo anterior (González, 2020). En esta ocasión nos limitaríamos a dar cuenta de cómo se desarrollaron desde los años cincuenta hasta la década del sesenta frente al grupo relacionado con la citada corriente europea. Al consultar las fuentes que podrían dar luces de un “conflicto permanente” se observa que no fue tal, por lo menos con este sector. A estos jóvenes no se les negó un espacio en las revistas que controlaba esta tradición hispánica, a diferencia de los historiadores marxistas.

El *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* que dirigía Jaime Eyzaguirre, el exponente mayor de esta tradición, facilitó la publicación de algunos artículos de estos jóvenes investigadores como Álvaro Jara y Sergio Villalobos, por citar a los más representativos, llegando, por otra parte, a premiar la tesis de grado de Rolando Mellafe, y si bien los tres no publicaron nada en la revista *Historia* fundada en 1961, que también la dirigía Eyzaguirre, sus obras fueron reseñadas con un tono mucho más mesurado respecto al acento destemplado que le reservaron al conjunto de la obras historiográficas marxistas, cuyos autores por lo demás no publicaron nada en ninguna de ambas revistas.

¹ Habría que advertir desde ya que entre ellos mismos existían diferencias considerables, por lo que si se emplea una clasificación, solo responde a una cuestión operativa. En un trabajo posterior se tratarán con detalle, especialmente cómo se configuró aquella.

² Por historiografía conservadora nos referimos a un modo de representar la historia a partir de ciertas nociones ideológicas como las de orden, jerarquía, tradición, legalismo, unidad, correspondidas con y entre el nacionalismo autoritario y el hispanismo tradicionalista, críticas del liberalismo, la democracia, el partidismo y el marxismo.

No se intenta sostener que todas las referencias a los trabajos producidos por estos jóvenes desde aquellos artefactos culturales hayan sido exclusivamente favorables. Solo indicar que existían matices y que dar cuenta de esta escala de juicios, significa revelar el modo respecto a cómo se desarrollaron los cultores de la historiografía en la década de los cincuenta y sesenta del siglo XX. Así, cartografiar aquel terreno es uno de los objetivos que nos hemos propuesto en este trabajo, por cuanto no se puede comprender dicha renovación historiográfica sin considerar la tensión que las mismas propuestas que surgían iban planteándole a la propia disciplina, repercutiendo inevitablemente en los ánimos y voluntades de quienes deseaban cultivar la historia en ese tiempo.

Si hemos elegido las reseñas de libros como las fuentes principales para comprobar lo que estamos sugiriendo, se debe a que aquellas bastante dicen de las inquietudes de quienes las elaboraban, representando, sin duda alguna, parte de las pulsiones de la época en torno a las problemáticas que iban asomándose, sobre todo, cuando eran aprovechadas, si no para promover o cuestionar a los autores o la misma obra, propiciar el rechazo directo.

Por último, en tres partes se dividirá el siguiente trabajo. En la primera se hace mención a los soportes culturales que promovieron a estos jóvenes en sus inicios, pero que no estaban sujetos al control ideológico conservador. En la segunda, se verá el tipo de promoción que se les dio a través del *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* [en adelante, el *Boletín*] en la década de los cincuenta. Y, por último, se hace referencia al tipo de juicio que la revista *Historia* hizo sobre sus primeras obras mientras Jaime Eyzaguirre la dirigió.

23

2. Los jóvenes historiadores del Pedagógico, los soportes culturales de difusión de la Universidad de Chile y otras redes

Los tres historiadores que abordaremos en el presente trabajo, Álvaro Jara (1923), Rolando Mellafe (1929) y Sergio Villalobos (1930), se formaron en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Los tres, asimismo, se graduaron en el mismo lustro. Villalobos en 1956 con la tesis *La idea de independencia de Chile*; Jara en 1957 con *Guerra y sociedad en Chile: La transformación de la guerra de Arauco y la esclavitud de los indios* y Mellafe en 1958 con *La introducción de la esclavitud negra en Chile y sus relaciones americanas*.

Sin embargo, antes de la obtención del título de Profesor de Estado, los tres habían tenido participación en los soportes comunicacionales de la universidad. Respecto a la revista *Clío*, la publicación del Centro de Estudiantes de Historia y Geografía del Instituto Pedagógico, Villalobos contribuyó con algunos artículos; Mellafe, con una reseña de libro; y Jara con una parte de su tesis. Los dos primeros

hicieron lo mismo en la revista *Anales de la Universidad de Chile*, aportando tanto con artículos y recensiones de ciertas obras, sobre todo Mellafe, todo lo cual sin perjuicio de la publicación en 1954 del libro *Diego de Almagro*, junto a Villalobos, a propósito de la conmemoración de los cien años del nacimiento de José Toribio Medina, cuyo patrocinio había provenído de la Universidad de Chile.

Más allá de los intersticios que proporcionaba el campo universitario, algunos de ellos, como Jara, incursionaron en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, dirigida por Ricardo Donoso (reemplazado desde 1954 por Raúl Silva Castro), y otros fueron mencionados en la misma publicación por los aportes que estaban haciendo al conocimiento de la historia. En efecto, tempranamente, en el número 118 de 1951, Jara había reseñado el libro de Claude de Bonnault, *Historie du Canada Français* y en el número 124 de 1956, publicó el artículo “Importación de trabajadores indígenas en el siglo XVII”, el que había sido parte de un homenaje realizado a Paul Rivet, divulgado en México, tal como se aclaraba en el mismo número. Por su parte, en este último número E.P.S., de seguro Eugenio Pereira Salas, reseñó (1956: 363) el *Índice de la Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile* que Sergio Villalobos había confeccionado, sosteniendo de su discípulo lo siguiente:

Entre los jóvenes historiadores que van emergiendo de las aulas del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, sobresale Sergio Villalobos en el Seminario de Historia de Chile que dirige el profesor Guillermo Feliú Cruz. A él debemos los profesionales esta utilísima compilación que ahorra tiempo precioso en la investigación.

Por otro lado, Mario Céspedes (1956: 246), en una reseña que publicó los *Anales de la Universidad de Chile*, en el número 103 de 1956, destacó esa misma recopilación preparada por Villalobos, subrayando que “el joven investigador” había cumplido una “limpia labor artesanal”. También Carlos Fredes Aliaga (1956: 277) en el siguiente número de esta misma revista, en el 104 de 1956, hizo una reseña a la *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile* a cargo de Rolando Mellafe y Álvaro Jara, afirmando que:

Estimamos que no es sólo de conveniencia, sino de justicia, destacar los nombres de Alvaro Jara y Rolando Mellafe, quienes, bajo la dirección del Secretario General del Fondo, Profesor Guillermo Feliú Cruz, han realizado un valiosísimo trabajo... Ellos, actualmente agregados a la docencia en el Departamento de Historia del Instituto Pedagógico de la

Universidad de Chile, han sorteado con felicidad los múltiples obstáculos propios de las labores de esta índole... los autores realizaron un trabajo de primer orden, con una honestidad y capacidad honrosa para la historiografía chilena, a la vez que modelo permanente para futuras empresas de esta naturaleza.

E incluso, si entre ellos podían promoverse, no rechazaron tal acción, como cuando por ejemplo Villalobos (1957: 440) reseñó a su compañero Álvaro Jara por haber llevado a cabo una recopilación en 1957 sobre la ley indígena posterior a la independencia, cuyo fruto fue *Legislación Indigenista de Chile*.

Si lo anterior lo hemos dado a conocer es para dar cuenta que estos jóvenes con inquietud por la investigación, lograron contar con un lugar, ciertas promociones y respaldos, etc., desde que iniciaron una travesía de por sí compleja y llena de obstáculos. Desde la década de los cincuenta se dio inicio a la configuración de una red intelectual que se articuló entre los profesores del Instituto Pedagógico, en la que se hallaban Guillermo Feliú Cruz, Eugenio Pereira Salas, entre otros; los seminarios que algunos de estos impartieron y los soportes culturales y académicos que gravitaban, como lo fueron las revistas (Mesecke 1955: 26-27)³, sin perder de vista otras instancias como los Congresos y el contacto epistolar, como lo destacó el trabajo de Alejandra Araya (2005: 36) sobre la recopilación y selección de cartas que llevó a cabo María Teresa González sobre Rolando Mellafe.

Un mapeo de las tantas reseñas y artículos que lograron publicar estos jóvenes a través de los *Anales de la Universidad de Chile* desde el segundo lustro de la década de los cincuenta, no debería generar sorpresa si bien se sabe que en ese periodo Guillermo Feliú la dirigía, quien por lo demás, había volcado muchas energías por revitalizar una revista que en esos momentos no lograba tener un impacto muy sostenido. Ni tampoco debería asombrar que un H.R.N. (1956: 106), sin duda alguna, siglas de Hernán Ramírez Necochea, otro profesor del Instituto Pedagógico, pero de filiación comunista, haya reseñado en la revista cultural *Aurora*, comandada por Volodia Teitelboim, a Álvaro Jara, también militante del mismo partido, cuando sostenía que el trabajo vertido en *Legislación Indigenista de Chile* “nos ponía en presencia de un hombre –Alvaro Jara- que con seriedad, dedicación y

³ No deja de ser interesante constatar que en una revista como *Extremo Sur*, publicación de literatura dirigida por Ester Matte Alessandri, se haya reseñado el primer libro de Mellafe y Villalobos, *Diego de Almagro*. La reseña (Mesecke 1955: 26-27) decía lo siguiente, muy en concordancia con lo que venimos proponiendo: “Esta publicación (la primera de su índole que conocemos) revela una nueva modalidad de estudios en uso en el Pedagógico, en la que se trata de incorporar de lleno a los alumnos a las labores investigativas, al manejo, interpretación y utilización de documentos. Los beneficios están a la vista: los jóvenes Mellafe y Villalobos entran por la senda de la seria investigación histórica y de la erudición, con paso firme y seguro... Los estudios de Mellafe y Villalobos hablan de la presencia de dos nuevos valores en el campo de la historiografía nacional.”

cariño se está iniciando en el rico y en el todavía poco explorado campo de las investigaciones histórico-sociales de nuestro país.”

Hasta el momento en que defendieron sus memorias de prueba, el ambiente generado en el Instituto Pedagógico le granjeó un buen pasar a estos estudiantes, lo que contribuyó sin duda alguna a conformar ciertas tradiciones, consolidar determinados vínculos y tomar posición en el campo cultural y académico (Quiroz, 2012: 36-37; Mellafe, 1995).

3. El *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, otro espacio de incursión

Vimos en el apartado anterior que los jóvenes investigadores del Pedagógico contaron con los soportes de difusión de la universidad: la revista *Clío*, los *Anales de la Universidad de Chile*, las prensas de la editorial universitaria y, durante la década de los sesenta, el *Boletín de la Universidad de Chile*. Si bien la *Revista Chilena de Historia y Geografía* no pertenecía directamente a la universidad estatal, mantenía lazos muy estrechos con esta y en especial con el Instituto Pedagógico a través de Ricardo Donoso, Eugenio Pereira, Guillermo Feliú y Mario Góngora, quienes eran miembros de la Junta de Administración de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía que publicaba esta revista.

No obstante, en este mismo lapso de tiempo, vale decir, simultáneamente al camino que se abrían a través de los distintos ámbitos culturales que ofrecía la universidad pública, también lograron divulgar en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, trinchera reservada para los intelectuales conservadores. Tanto Álvaro Jara como Sergio Villalobos, sin perjuicio de Mario Góngora (quien además de publicar en esta revista, a lo largo de los sesenta fue un asiduo reseñador de libros), colaboraron en varias ocasiones en la década de los cincuenta, frente a lo cual es difícil sostener que existía un permanente conflicto entre ambas “tradiciones”.

Es muy probable que se quiera insistir en que era un periodo de juventud y de formación, respecto a lo que era difícil verificar si había un proyecto historiográfico que tomara distancia de los saberes y las formas defendidas por la historiografía conservadora y también por la liberal. Lo cierto es que las tesis de estos jóvenes del Pedagógico ya anunciaban un modo diferente y mientras aquellas eran defendidas, algunos de estos seguían publicando en el *Boletín*. Pero para despejar dudas, no nos queda más que dar cuenta qué fue lo que propagaron en este medio de comunicación con el objetivo de ver el tipo de relación que se estableció en el campo historiográfico de la época y cómo se fue desarrollando. Como se ha decidido abordar solo a tres de estos personajes, de quienes Julio Pinto (2016: 52) se refirió como “un grupo que recibió la evidente influencia de la escuela francesa de

los *Annales*”, partiremos con Sergio Villalobos, posteriormente con Rolando Mellafe, para concluir con Álvaro Jara.

3.1. Sergio Villalobos

El primer trabajo que publicó Villalobos (1955:116-153) en el *Boletín*, se intitulaba del siguiente modo: “Dos cronistas: Alonso Borregán y fray Antonio Vázquez de Espinoza”. Siguiendo el rescate de los cronistas, tal como lo hicieron Barros Arana, Vicuña Makenna y Medina, sostenía que “dar a conocer” a estos dos autores, “escasamente difundidos en Chile, y subsanar en pequeña parte ese inconveniente, es el propósito del presente artículo”. Respecto a Borregán, Villalobos esperaba contribuir con el conocimiento de un cronista que diera luces sobre la vida del Chile colonial, cuyo relato estuvo oculto “durante muchos años a la vista de los historiadores”. Lo destacó porque “corresponde a una fuente de primera mano” de “modo que resulta una crónica totalmente independiente de las demás, escrita según lo que el autor vio y oyó decir a los soldados que se habían movido por el escenario de la conquista”.

Con la visibilidad de este cronista, quien surgió de “la multitud de soldados sin relieve que formaron las huestes conquistadoras del Perú”, se intentó dar a conocer a un hombre que alimentó deseos de superación, según Villalobos, principalmente por estar inmerso en un ambiente “bélico, de brutalidad, de vicios, de vida sensual”, etc. Si la intención del joven investigador fue la de rescatar del olvido a un sujeto anónimo, estuvo mediada, al parecer, por dar cuenta de cómo fue la vida del mismo, cuando después de sufrir continuos abusos, vinieran de donde vinieran, e implorando justicia, el sistema real hizo oídos sordos a sus denuncias, arrastrándolo al desamparo absoluto.

Un cronista, con cuyo testimonio se hacía manifiesta la vida de los miserables, no especialmente hablando desde el lugar de los indígenas, sino dando cuenta de lo que ocurría al interior del estrato español. Aquello, quizá, es lo novedoso de la voluntad de Villalobos, mostrar en una revista de corte hispanista, las contradicciones de una nueva formación social que no tenía tanto de promisoría. Terminó aquella parte sosteniendo que Borregán “no se propuso otra cosa que narrar los sucesos que había vivido y los atropellos sin cuenta que había sufrido, como un medio eficaz de alcanzar una justicia siempre esquiva y una gloria largamente deseada”.

Por más que desde acá se quiera ver cierta actitud de Villalobos frente a la vida de aquel, lo cierto es que respecto al segundo cronista olvidado, la posición fue un tanto distinta. Villalobos consideró que lo que se desprendía de la mirada particular sobre Chile en el *Compendio y Descripción de las Indias Occidentales* de

fray Vázquez, por más que haya hecho una descripción, a veces, exacta del territorio, no era más que un artilugio construido a partir de otros autores, poniendo en duda que el religioso hubiese estado en Chile. Luego de dar ciertos ejemplos para contradecir su estancia en el país, Villalobos, sostenía que la crónica bajaba “de valor histórico inmediatamente y pasa a ser una fuente de segunda mano para nosotros”, por lo menos la que atañía a la descripción del territorio nacional.

Pese a lo anterior, lo curioso es que Villalobos, más allá de la veracidad de la permanencia del fray, terminó afirmando que la imagen de una “sociedad americana floreciente, admirable, afanada en progresar” que surgía del *Compendio*, sí correspondía con la americana de comienzos del siglo XVII, siendo los abusos uno que otro, como en toda sociedad. Al distanciarse de hacer una invectiva contra la representación hispanista, cerraba su trabajo enfatizando en que “en las páginas de fray Antonio Vázquez de Espinoza se ha unido a la belleza del buen decir castellano, la de la obra colonizadora de España”.

Esta primera contribución de Villalobos en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, como se desprende, es bastante nebulosa si se mira con cierta atención, pues si en su primera parte contradice el espíritu que se intentaba expresar a través de las páginas de la revista, en la segunda parece desandar lo realizado. Vericuetos de juventud, quizá, sobre todo cuando se está en un proceso de formación y los filtros ideológicos estaban vigilantes.

El segundo trabajo con el que contribuyó Villalobos que data del primer semestre de 1958, trató del diario del científico sueco C. Skogman. No se ve un problema planteado que haya orientado la exégesis ni tampoco que obedeciera a un proyecto de investigación que justificara tal decisión. A decir verdad, gran parte de este artículo fue una transcripción de lo que el marino sueco dijo sobre Chile sin que mediara algún tipo de interpretación. No obstante ello, de la lectura de la descripción que hace el científico, se ven desplegadas variadas dimensiones de lo social de aquella época, desde las costumbres de las clases populares, la vida cotidiana, su moralidad, hasta las modas de las clases altas y sus distracciones, pasando por las distintas actividades económicas, culturales y políticas del país, lo que si se quiere forzar, podría tener cierta relación con la declaración que hiciera dos décadas después (1980), cuando sostenía que se debía abarcar un cuadro general de la historia del pueblo chileno, no solo en sus aspectos políticos, militares y diplomáticos, como se había cultivado hasta esa época.

En el número 66 de 1962, sería la última contribución de Villalobos en el *Boletín* mientras Eyzaguirre estuviera vivo. En esta ocasión, sin embargo, su colaboración fue distinta, pues su trabajo se restringió a traducir un artículo que le encargó, mediando Lewis Hanke, a C. Harvey Gardiner. Este último había hallado en el archivo de William H. Prescott, un conjunto de cartas enviadas por algunos

intelectuales chilenos del siglo XIX, como Andrés Bello, Benjamín Vicuña Makenna, Barros Arana y Pedro Félix Vicuña. Gardiner preparó una nota introductoria y presentó las cuatro cartas.

Habría que señalar que en el índice del *Boletín* el artículo se consigna como autoría de Gardiner y que únicamente a pie de página se especifica que fue Villalobos quien lo tradujo. Como sea, en estas cartas se puede ver cuál fue el grado de inspiración que Prescott produjo en aquellos pensadores y qué fue lo que los movilizó a contactarse con él, siendo las misivas un interesante aporte para reconstruir las tradiciones historiográficas de los historiadores decimonónicos.

Para sintetizar, debemos señalar que si bien los aportes de Villalobos fueron menores, más bien circunscritos a la publicación de algunos documentos para el conocimiento de la historia local, no le cerraron la entrada a su nombre en esta revista conservadora. Por cierto, no propuso nada que incomodara al director ni tampoco se posicionó directamente en las filas desde donde se lanzaban los dardos contra la corriente hispanista. Las diferencias irreconciliables que lo podían distanciar de este sector ideológico, si es que eso fue así, no se produjo en esta época. De seguro, hubo de pasar un par de décadas para ello, pero como se vio, hasta esta parte nada de ello ocurrió.

3.2. Rolando Mellafe

A diferencia de Villalobos, Rolando Mellafe, no publicó en el *Boletín*, por lo menos en el tiempo que lo dirigió Eyzaguirre, que es el que se estudia acá. Difícil dar con la razón, pues así como lo hizo Villalobos, del mismo modo podría haberlo hecho el joven Mellafe. Quizá este ya había adoptado una distancia frente a la Academia, cuestión también espinosa si es que se desea asegurar. Si hubiese sido así, si Mellafe rechazó publicar en esta revista de aire aristocrático, tal acción no impidió que la Memoria de Prueba que presentó en 1958 para la obtención del título de Profesor de Estado de la Universidad de Chile, haya sido galardonada como la mejor tesis de ese año, justamente, por la Academia Chilena de la Historia.

Esta institución desde 1956 había fundado el premio Miguel Cruchaga Tocornal, en honor a uno de sus fundadores, con el “deseo de alentar en la juventud el cultivo de la historia patria y dar estímulo a nuevas vocaciones científicas” (Eyzaguirre, 1963: 8). Hasta el momento en que Mellafe fue distinguido, solo dos estudiantes habían sido agraciados. El primero, Andrés Huneeus, estudiante de Derecho de la Universidad de Chile, con la *Historia de las polémicas de Indias en Chile en el siglo XVI*, y el segundo, Gonzalo Vial, también estudiante de Derecho, pero de la Universidad Católica, con su tesis *El africano en el Reino de Chile*. En 1958 fue el

turno para el estudiante del Instituto Pedagógico de la universidad estatal, quien presentó *La introducción de la esclavitud negra en Chile*.

Nuevamente se advierte que, por más conservadora que haya sido la Academia, había cierta porosidad que permitía que jóvenes del pedagógico, pasaran por sus filas. Ya convertida en libro y publicada como parte de los *Estudios de Historia Económica de América* del Departamento de Historia del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, el estudio de Mellafe había sido el segundo de la serie *Trabajo y Salario en el periodo colonial*, el cual se inició con un trabajo de Álvaro Jara, compañero de ruta de Mellafe en estas investigaciones. Mellafe (1959: 7) decía que “con ciertos tipos de archivos y con una elaboración masiva, estadística y tendiente a la obtención de resultados concretos y objetivos”, se buscaba, si bien desde monografías limitadas, una futura síntesis, una visión de conjunto de la sociedad de la época.

Era una propuesta muy distinta a la que estaba promoviendo Eyzaguirre desde la historia del derecho indiano y que producían sus discípulos en las escuelas de derecho de las universidades de Chile y Católica, tanto en la forma de comprender la historicidad de los fenómenos sociales como en el modo en que se encaraba la misma. Una renovación historiográfica que no podría haber sido producto de las concepciones hispanistas cultivadas en aquella época, sobre todo, por los imaginarios sociales que no alcanzaban a ver la magnitud de las nuevas fuentes y problemas.

Pero a pesar de ello, lo anterior constituye otro dato más para advertir que la tensión entre dos tradiciones, si es que la hubo, no se dio en la década de los cincuenta. A decir verdad, la cuestión no está tan clara ni tampoco es palpable a simple vista. En el mismo *Boletín* un A.A. (1959:192-193), probablemente, el abogado y Académico Electo de la Academia Chilena de la Historia, Aniceto Almeyda, reseñó el libro de Mellafe. En esta reseña se rotulaba que la obra correspondía a un proyecto originado en el Departamento de Historia del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, que había tenido patrocinio pecuniario de la Fundación Rockefeller y que había obtenido el premio recién señalado, manifestando dicho sea de paso, que las “condiciones excepcionalmente favorables en que se ha dado comienzo a esta empresa, la preparación profesional de los autores (refiriéndose también a Álvaro Jara) y su ya no corta experiencia en materia de investigación histórica, permiten esperar que sus esfuerzos habrán de ser coronados por el éxito.”

En otra parte el reseñador aludía a que el propio Mellafe para responder a varias interrogantes que se planteó había debido recurrir a la economía y la demografía, haciendo ver con ello que la renovación historiográfica iba por un camino muy distinto por donde transitaban los defensores de la historia del derecho indiano. Si bien el autor le criticó problemas de método y “afirmaciones extremas y

en cierto modo contradictorias” que desconcertaban, decía que la investigación era seria y novedosa, con amplitud de fuentes. No obstante, este juicio, debemos advertirlo con énfasis, se debió a una lectura ligera de la obra de Mellafe, por cuanto este último no sostuvo lo que A.A. le atribuyó cuando expresó que se contradecía. Como sea, la primera gran obra de Mellafe, tuvo su reseña en la tribuna de la tradición hispánica y aunque medianamente favorable (desafortunadamente, por una lectura superficial), hizo posible que el público lector se enterara de ella, sin perjuicio de su premiación.

Por último, no se puede dejar de señalar que Mellafe se incorporó en 1983 a la Academia Chilena de la Historia, ocupando el lugar que dejó el abogado Pedro Lira Urquieta. El discurso de recepción lo llevó a cabo Ricardo Krebs, un fiel representante de esta tradición hispánica. Lo mismo ocurriría con Álvaro Jara, cuando en 1996 llegó a ocupar un sitio en la citada Academia, historiador del que hablaremos en lo inmediato.

3.3. Álvaro Jara

Álvaro Jara, el último joven investigador del Pedagógico que se ha considerado en este trabajo, lo hemos dejado al final, puesto que fue quien más publicó en el *Boletín* durante la década de los cincuenta, siendo quizá el más importante de los tres, por los problemas que en esos momentos estaba esbozando en una revista de tales características.

En el número 51 del año 1954, su primer paso por el *Boletín*, publicó el artículo “Pineda y Bascuñan, hombre de su tiempo. Tres documentos.” Partió, sin eufemismo, expresando que los tres documentos trataban de las actividades del Capitán Pineda y Bascuñan, las que entroncaban directamente con la “vida económica del siglo XVII”, para luego añadir que si bien no tenían “en sí mismos gran valor biográfico”, mostraban al individuo “actuando a la usanza de la época” (Jara, 1954: 77). Aquella perspectiva que decía asumir, la refrendaba a partir de las lecturas y los problemas que se había planteado Marc Bloch en su *Introducción a la historia* (una edición de FCE de 1952), dato relevante, ya que no era muy recurrente que entre los historiadores de la época manifestaran cuestiones relativas a referentes teóricos y marcos conceptuales, salvo los historiadores marxistas.

¿Cómo Jara llegó a publicar en una revista cerrada para una elite aristocratizante y contraria al profesionalismo que se impartía en el Pedagógico, si seguimos la lectura de Salinas? Esta pregunta que debiésemos haberla trazado cuando iniciamos el apartado con Villalobos, la hacemos ahora, debido a que Jara, a diferencia de este, cuando dio inicio a la serie de trabajos publicados en esta revista tenía una orientación clara y objetivos resueltos. En efecto, además del artículo ya

referido más arriba, en otros cuatro números dio a conocer siempre con el mismo título “Fuentes para la historia del trabajo en el Reino de Chile”, algunos documentos que anunciaban las nuevas inquietudes.

En el primer número en que fueron divulgadas estas fuentes, Jara (1956a: 119) expresó que era necesario no descuidar los problemas que la historia *económica y social* podían plantearle a la historia, sobre todo los relacionados con el *trabajo del indio*, el “estrato fundamental de la sociedad colonial”. Agregaba que lo anterior no redundaba en un problema de escases de este tipo de documentos, sino en una despreocupación generalizada por los mismos. Con mucha cautela, indicaba que publicarlos serviría para futuras investigaciones que podrían contrastar “muchos aspectos prácticos de la realidad y verdadera condición de los indios, y que serán ilustrativos del funcionamiento de la legislación, sin que signifique opinar sobre su eficacia o sobre su falta de eficacia”.

¿Habría sido una decisión de la Comisión de Redacción advertirle al autor qué posición debía adoptar frente a los documentos? No lo sabemos. Pero es claro que entre esas líneas se advertía un problema ajeno al imaginario conservador. Si Jara decidió asumir una distancia interpretativa de los documentos y no hacer juicios sobre aquellos, tal vez como un modo de filtro, lo cierto es que era explícito en señalar que los proponía para escudriñar en otro tipo de cuestiones: el indio y su explotación durante la colonia, a diferencia de otros historiadores que les preocupaba la situación del obrero en el periodo republicano, pero que tenían en común, lo subalterno.

En el siguiente número, 55 de 1956(b), insistía en lo mismo. Decía querer llamar la atención sobre los “problemas del trabajo” en el “periodo de dominación española”, agregando que el nuevo documento que se entregaba al lector “no se refiere a reglamentación estatal ni emana de autoridades” (94), sino más bien a que era una lista de los salarios que obtuvo un grupo de indígenas de la época. No solo, como se puede apreciar, esbozaba otros temas, disímiles a los políticos y aristocráticos que defendía la Academia y que eran escudados por la tradición hispánica, sino que también proponía el estudio sobre la base de otras fuentes que no habían sido objeto de análisis, ya que no estaban consideradas dentro del canon historiográfico de aquel sector.

Por más que Eyzaguirre haya estado a gusto debido a que el *Boletín* contribuía a la circulación de nuevas fuentes para el estudio del Reino de Chile, es poco probable que no haya advertido que Jara estaba proponiendo un nuevo modo de encarar el periodo colonial, modo que podría haber asestado un golpe a las formas que empleaba esta tradición para escudriñar la historia. ¿Acaso a este sector conservador no le importaba la situación del indígena más que para dar buena fe de que la legislación real lo trataba de muy buen modo?

En uno de esos mismos números que acá comentamos, J.E.G. (1958: 139), indudablemente Jaime Eyzaguirre Gutiérrez, al reseñar el libro *El prejuicio racial en el nuevo mundo. Aristóteles y los indios de Hispanoamérica* de Lewis Hanke, enfatizaba en que si bien Ginés de Sepúlveda justificó la esclavitud indígena a través del *Democrates*, fue indiscutible que Carlos V favoreció la postura del padre Las Casas, condenando el libro de Sepúlveda por varios siglos. Agregaba, por lo demás, que en el libro de Hanke se concluía señalando que en las actitudes españolas hubo “un deseo sincero, aunque no siempre realizado, de asimilar al indio al cristianismo y de tratarle como igual.”

Esta era una cuestión algo compleja, puesto que en esa misma época refiriéndose no necesariamente a la ley, sino más bien al indígena mismo, Eyzaguirre (1958: 32) sostenía con un tono por completo descalificador, lo siguiente:

Ajeno a toda lucubración metafísica, no tienen para él sentido las ideas de patria, de honor, de gloria, de justicia y derecho. Apenas algo más que el instinto lo mueve. Y por sobre el temor filial, el respeto a la mujer, las reacciones del pudor, la compasión por los ancianos y enfermos, exalta la fuerza, la sexualidad, el robo y la borrachera. Ni aun la audacia extraordinaria que supo en todo momento desplegar en su lucha con el conquistador, tiene semejanza con el heroísmo de estirpe occidental.⁴

Era imposible aproximarse a la historia de los grupos indígenas a partir de este tipo de prejuicios y a través de las fuentes legales y oficiales emanadas por el poder central. El nuevo objeto de estudio demandaba también nuevos documentos para tratar uno de los problemas historiográficos latentes de la época: confrontar el espíritu de la ley y la vida real. Y a eso Jara, a través del *Boletín* estaba, paradójicamente, contribuyendo. Quería visibilizar la historia de aquel silenciado por siglos. Como bien señala Enriqueta Quiroz (2012: 15), Jara se propuso tanto una historia económica y social de la colonia, con el afán de “dar a conocer los derechos de los pueblos originarios y ayudar a denunciar procesos de injusticias nacidos a raíz de la conquista y colonización española.”

Es que Jara a diferencia de los hispanistas que defendían la nobleza que motivaba la gestación de la ley que regulaba los dominios coloniales y sus súbditos, le parecía que las “órdenes no siempre bastaban a desarraigar prácticas motivadas por la ‘codicia del interés y la granjería’” (Jara, 1958: 103). Cuando publicó por

⁴ Este libro tuvo su primera edición en 1948 por el FCE. La que se cita acá es la segunda edición, de una década después; como se puede ver, se siguió sosteniendo la misma imagen del indígena.

última vez en el *Boletín* en 1959, después de haber transcurrido más de dos años desde que terminó su Memoria de Prueba, por lo que debía haber sido conocida la tesis que aquel había formulado, siguió insistiendo en su propuesta, señalando que Mellafe, dicho sea de paso, era su compañero de estudios en aquella empresa (156).

La marcha de Jara por el *Boletín* durante la década de los cincuenta, no fue en modo alguno marginal. Dos cuestiones se pueden extraer de la lectura de estos textos. La primera, que había una intención de rescatar la historia viva de los indígenas. Y la segunda, que, para ello ya no se podía reducir la construcción de ese pasado a partir solo de los documentos legales. En una introducción a la publicación de estas fuentes decía creer “que el pasado sólo puede ser entendido si se aprovechan en toda su amplitud los documentos y testimonios que permiten reducirlo a proporciones exactas y concretas y que van más allá de lo meramente jurídico...” (Jara, 1959: 158).

3.4. Conclusiones del capítulo

Para cerrar este apartado, no podemos dejar de señalar algunas cuestiones relevantes que conciernen a las promociones intelectuales y las redes. Una primera cuestión que indicáramos, es que al abrir la revista e iniciar la lectura del trabajo de Jara, sobresale de dónde provenía el autor, cuyo nombre y adscripción académica aparecía en el centro de la primera página y no a pie de esta: “Investigador de Historia Social y Económica del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile”. Expresado de otra manera: ni de las escuelas de derecho de las dos principales universidades, ni del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Católica, de donde procedían los discípulos de Eyzaguirre.

Armando de Ramón (1996: 318), testigo de época y discípulo en esos momentos de Eyzaguirre, sostuvo que Jara fue patrocinado por el mismísimo director de la publicación, lo que si fuera cierto, desmiente la tesis de sectores irreconciliables. Eyzaguirre, quien controlaba la revista, podría haber impedido, aunque quizá con dificultad, que circularan las ideas de quien anunciaba un nuevo modo de aproximarse al pasado. Pero, como se vio, no fue el caso. Es más, la presencia en la Academia de historiadores eminentes del Instituto Pedagógico no era una cuestión desconocida. Guillermo Feliú Cruz y Eugenio Pereira Salas, ambos profesores de prestigio en el campo académico y profesores del Pedagógico, eran miembros de número de la Academia Chilena de la Historia, sin perjuicio de que Juan Gómez Millas también pertenecía a esta.

Si no es suficiente con lo anterior, cabría decir que el propio Pereira llegó a ser el presidente de la corporación en 1962, cuando era público que había levantado el Centro de Investigaciones de Historia Americana, en el cual Mellafe y Jara se

desempeñaban, pudiendo llevar adelante sus investigaciones. Es tan probable que Jara, y el resto, haya conseguido publicar en el *Boletín* con la anuencia de los dos, así como con el respaldo de Eyzaguirre, sobre todo, porque este último y el grupo de discípulos, no advirtieron en estos una sobreideologización que determinara y condujera de antemano los resultados de sus indagaciones (véase más adelante la reseña que hace Vial a Jara), como sí lo denunciaron respecto a la historiografía marxista de ese tiempo.

La lectura marxista, por lo menos la más importante, compartió la representación que produjo la historiografía liberal de un periodo colonial oscuro, añadiéndole además que aquel destilaba características feudales, al contrario de cómo lo percibían los jóvenes Mellafe y Jara. Este tipo de cuestiones hizo posible que cierto tipo de andanzas (que no se puede confundir con lazos amicales profundos) fueran más o menos comunes entre estos últimos y el sector conservador, como converger en una misma publicación y mantener el interés por el periodo colonial. Pero también habría que fijar, aparentemente, en un determinado límite las perspectivas políticas que podrían haberlos apartado entre sí como para no haber compartido ningún tipo de espacio, tal como ocurrió entre el sector marxista y el conservador. Las críticas que le propinaron a la historiografía conservadora Julio César Jobet y Marcelo Segall, por ejemplo, no dudaron en ser devueltas por estos con el mismo ímpetu.

Como bien señaló Luis Ortega (1987-1988: 57-58), una vez que emergieron nuevas perspectivas económicas a fines de la década del cuarenta, se buscaba “desentrañar los orígenes del escaso grado de desarrollo económico del país” y a ello, la historiografía de izquierda, se alineó políticamente empleando para el análisis algunas categorías del marxismo. La preferencia por la etapa colonial de los historiadores profesionales, como Jara, Mellafe, Villalobos, Góngora, etc., vale decir los jóvenes que transitaron por las páginas del *Boletín*, según Ortega, se debió a que de esa forma evitaban caer en el ideologismo e inmediatez que caracterizó a esta historiografía de izquierda.

Para este último sector era imposible tener en cuenta un horizonte de posibilidades sin recurrir a un determinado momento de la historia, a menudo el periodo republicano, el que consideraban clave para explicar los mecanismos que ataban a la nación en el subdesarrollado. No es que la tradición hispanista no haya tenido una posición al respecto. Ocurrió que su ideología le impedía ver que era tan ideológica como el resto.

4. La revista *Historia* y el juicio sobre Mellafe, Jara y Villalobos

En esta sección escudriñaremos qué vínculo tuvieron los jóvenes investigadores del Pedagógico con la nueva revista *Historia*, fundada y dirigida por Jaime Eyzaguirre en 1961. En primer lugar, abordaremos algunos aspectos históricos de la publicación y su composición para ir despejando las dudas que podrían emerger, sobre todo para ver en qué medida tomó distancia esta nueva publicación del *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, para después entrar de lleno en el asunto que nos convoca.

El Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Católica fue fundado en 1954 y la revista *Historia* se convirtió en el soporte de difusión de aquel. A falta de una tradición historiográfica en la UC, Eyzaguirre fue convirtiendo este espacio en un lugar de encuentro de los discípulos que provenían de las carreras de derecho en las que impartía docencia. Una trinchera que hiciera converger a sus discípulos que persistían en los estudios relativos al reino de Chile, como también a los nuevos que, al pasar el tiempo, se fueron aproximando a fenómenos más recientes.

Cuando la revista vio aparecer su primer número estaba conformada, además de Eyzaguirre, por Julio C. González Avendaño, Javier González Echenique, fray Gabriel Guarda Geywitz, Ricardo Krebs Wilckens, fray Carlos Oviedo Cavada, Armando de Ramón Folch y Gonzalo Vial Correa. Al transcurrir los años, se sumaron Patricio Estellé, Julio Retamal Favereau Méndez, los únicos provenientes del Pedagógico, pero muy jóvenes, Walter Hanisch Espíndola, Andrés Huneeus Pérez y Fernando Silva Vargas.

De todos estos, Eyzaguirre, Javier González, fray Gabriel Guarda, Ricardo Krebs, Armando de Ramón, Gonzalo Vial, Walter Hanisch eran Miembros de Número de la Academia Chilena de la Historia, lo que no constituye una representación menor. La diferencia radicaba en que en la revista *Historia* la presencia de profesores del Instituto Pedagógico con una larga trayectoria académica e intelectual como miembros era prácticamente nula, salvo como ya se mencionó a los jóvenes Retamal y Estellé, quienes recién iniciaban la carrera al interior de la universidad. Lo anterior es muy distinto con lo que ocurre hoy a propósito de las publicaciones científicas que necesitan para su validación la incorporación de elementos externos. Así, *Historia* se cerró para sus fundadores, distanciándose del *Boletín* en ese aspecto. Habría que decir, por último, que mientras *Historia* fue dirigida por Eyzaguirre, ninguno de estos tres historiadores, Villalobos, Jara y Mellafe, pasaron directamente por sus filas, como sí lo habían hecho en el *Boletín*.

Es cierto que en el número 9 correspondiente a 1970 se publicó un artículo de Carlos Sempat Assoudarian, por poner un ejemplo significativo, y en el número

10 de 1970 a Sergio Villalobos, pero a esta altura Eyzaguirre había muerto y el Instituto de Historia de la Universidad Católica había sufrido una serie de cambios debido a la reforma universitaria. De hecho, Villalobos desde inicios de los setenta ya era parte del plantel de esta universidad. A decir verdad, eran otros tiempos que demandan un estudio distinto. Por ahora, lo que nos preocupa es la relación entre estos jóvenes y la revista *Historia* mientras estaba bajo el control Eyzaguirre, vale decir, hasta el número 6, correspondiente al año 1967.

Prácticamente quienes publicaron en esta revista, fueron los discípulos y amigos de Eyzaguirre. Ni marxistas ni los jóvenes que estamos repasando acá lo hicieron. No obstante, sí fueron reseñados, a diferencia de los historiadores de izquierdas, que solo contaron con Hernán Ramírez en aquella sección. El resto había sido objeto de crítica en el Fichero Bibliográfico, en donde las recensiones eran más acotadas.

Lo que nos proponemos de aquí en adelante es fijar la atención en el juicio que se emitió sobre los libros de estos tres jóvenes. Sostenemos desde ya que fue una disposición diferente respecto a la que hicieron sobre los historiadores marxistas, por cuanto si de estos últimos no se destacó nada positivo, reduciendo sus trabajos a panfletos políticos (González, 2020), en cambio, las críticas contra las obras de estos profesores e investigadores del Pedagógico, no fueron desfavorables por completo.

37

4.1. Rolando Mellafe

El libro de Rolando Mellafe, *Introducción de la esclavitud en Chile. Tráfico y rutas*, fue reseñado por Javier González Echenique (1961: 344-347) en el primer número de *Historia*. Partió señalando que la obra era parecida por el contenido a la que había escrito Gonzalo Vial, *El africano en el reino de Chile*, complementándose en “forma muy útil” y constituyendo “aportes de importancia para el conocimiento del tema”.

Enfatizaba en que el libro trataba aspectos que no estaban relacionados directamente con la propuesta principal, lo que no obstante, si es que aquello podía ser calificado como un defecto, era disculpable, por cuanto aportaba valiosos antecedentes. Agregaba que Mellafe hacía conclusiones categóricas que aún estaban en discusión, como las relativas a la encomienda, pero respecto al tema principal de su obra, en cambio, estaba “desarrollado en forma completa, con inteligente y acucioso aprovechamiento de las fuentes”.

Para González, era “de creer, sí, que más de una vez el autor no ha(bía) meditado en forma suficiente antes de estampar determinadas aseveraciones, que parecen antojadizas, cuando no contradictorias”, siendo esta crítica del mismo tono

y similar a la que fue lanzada por el autor que la reseñó en el *Boletín*, como ya se vio más arriba.⁵ González decía que el libro contenía muchos casos de estos que podían producir dudas, haciendo temer al lector que haya faltado a “una más atenta reflexión antes de redactar su obra” (1961).

Sin mencionar en ninguna parte que el libro había sido galardonado por la Academia Chilena de la Historia, agregaba que había una objeción mayor, que era su “visión unilateral y parcial del problema estudiado.” González (1961), recurriendo al axioma legalista, utilizado hasta al cansancio por esta tradición, sostuvo que Mellafe olvidaba

...que el esclavo era hombre, inteligente y psicológicamente libre, y que esta libertad e inteligencia no han podido menos de reflejarse en la institución de la esclavitud... el esclavo sujeto de derechos, el relativo reconocimiento de su personalidad, el matrimonio entre negros, son problemas que ni siquiera se insinúan.

Aprovechaba de decir que Vial, compañero de ruta de González, también había trabajado aquel tema y que había manejado de mejor forma algunas fuentes que hacían mención al “espíritu del negro” que Mellafe apenas señalaba, sin manifestar este autor que para Mellafe ese tipo de cosas no eran asuntos que quería enfrentar. Cerraba la reseña expresando que el “libro de Mellafe revela a un investigador extraordinariamente dotado, en el cual se manifiestan limitaciones de importancia que, por desgracia, perjudican sus posibilidades en el campo historiográfico. Es nuestro más sincero deseo que tales limitaciones desaparezcan, dando campo a un más amplio y comprensivo concepto de la historia.”

Como se ve, fue una crítica directa, con un énfasis mayor respecto a la que se destinó desde las páginas del *Boletín*. No obstante, a falta del rigor científico que tanto pregonaban estos, González fue presa del ideologismo que este mismo sector decía rechazar, sobre todo, porque condujo la crítica del libro de Mellafe desde una idea preconcebida. Una idea tan difícil de comprobar, como que el esclavo era “psicológicamente libre”, cuando estos no tuvieron las formas ni contaban con los medios para poder expresar qué entendían por la libertad.

Como fuese, la ambivalencia en la crítica de González no terminó echando al tacho de la basura la obra del joven investigador como sí lo hicieron con los trabajos de los historiadores marxistas. Lo que sí se constata, es el cierre ideológico que la revista *Historia* adoptó cuando se fundó. No rechazó el libro de Mellafe, pero la

⁵ Curiosamente González cae en el mismo error de lectura que A.A, lo que puede inducir a que su crítica estuvo condicionada por la que hizo este último en el *Boletín*.

voluntad estaba dispuesta en destacar con todos los énfasis posibles las debilidades que creía ver en aquel libro pionero, sobre todo si ello servía para hacer una defensa de su compañero, en especial, Gonzalo Vial, quien en el mismo libro de Mellafe (1959: 92-93) había sido cuestionado.

4.2. Álvaro Jara

Este modo de crítica de los intelectuales de *Historia*, acentuar las debilidades de estos trabajos para neutralizar sus virtudes, también se dirigió a un libro de Álvaro Jara. En 1965 había aparecido el primer tomo de las *Fuentes para la historia del trabajo en el Reino de Chile*. Fernando Silva Vargas, quien figuró como autor de la reseña en el número 5 de 1966 (299-301), le reprochó a Jara el no haber incluido una nota o un prólogo que explicara cada documento recopilado. Jara había manifestado en el mismo libro que rechazaba los grandes prólogos, pero Silva decía que si se pensaba en la importancia didáctica de la recopilación, debía haberse dado “orientación, muy esquemática, sobre el alcance y circunstancia de los documentos publicados, sino de todos, a lo menos de los más importantes.” El prólogo que proponía Silva, no era justamente el que Jara tenía en su cabeza, largo y erudito, sino más bien, un prólogo con notas aclaratorias.

Según Silva, la experiencia docente le había demostrado en el mismo momento en que fue publicada la selección, que los estudiantes, apáticos con la “independencia de criterio y rigor científico”, no hubiesen discriminado entre los distintos documentos que hacían referencias, por ejemplo, a las Tasas, y menos, voluntad para compararlas. Por ello, lo urgente de las notas aclaratorias. Además, decía creer que estas recopilaciones debían “facilitar el estudio y no pueden tener un sello tan excesivamente profesional que se acerque a lo crítico, propio solo de los iniciados.” Terminaba la reseña sosteniendo que no podía “comprender que el temor al largo prólogo –justo temor- lleve a la actitud opuesta de eliminar todo lo que parezca una explicación.”

Esta crítica respondería a una forma de disputa por el lugar que estaba ocupando esta nueva historiografía, la cual, por cierto, estaba minando los fundamentos en que se había sostenido un determinado tipo de representación de la historia. Cuando apareció *Fuentes para la historia del trabajo en el Reino de Chile*, Jara (1965: xiii) sostuvo que la intención que lo había movilizado cuando publicó en el *Boletín* este tipo de documentos, lo que ya se trató más arriba, no había sido más que para “procurar atraer el interés en torno a un tema que nos parecía digno de una mayor dedicación y cultivo en el marco historiográfico chileno.” Por el contrario, asumía que hace varios años, la idea de confrontar una historia formal basada en el espíritu del derecho indiano con la realidad era necesaria, ya que encerraba un

peligro, puesto que el valor que tenía el derecho no se podía “juzgar en función de sí mismo”, lo que hacían, especialmente, los hispanistas como Silva. Agregaba que solo “la reconstrucción de la realidad pasada permitiría evaluar la validez de las normas legislativas, su autenticidad o no autenticidad como elemento activo en el proceso histórico.”

Por otro lado, a Gonzalo Vial (1964: 430-433) le correspondió reseñar en el número 3 de 1964, la versión francesa de *Guerra y sociedad en Chile*, cuya publicación había aparecido en francés en 1961.

La crítica de Vial se dividió en dos partes. En su primer momento se centró en destacar que el análisis de Jara adolecía de “cierta antipatía” contra el papel militar de los encomenderos. Aunque decía hallar una “ojeriza de raíz ideológica contra los encomenderos, por su supuesta calidad de ‘señores feudales’”, “en el profesor Jara (dicho sea en honor a la verdad, agregó) esta antipatía es matizada, y no delirante como en otros escritores de la misma tendencia”, léase esto, como la de los historiadores de *tendencia* marxista. Como a menudo ocurría en este sector, Vial, para refutar lo antes dicho, partía sobre la base de lo mismo que criticaba, puesto que si bien Jara pintó a los conquistadores como individualistas, egoístas, etc., el profesor de la Universidad Católica le respondía que ellos, al enfrentarse a un sinnúmero de dificultades durante el siglo XVI, habían fundado “la nacionalidad”, otra cuestión difícil de comprobar como la sostenida por González (1961).

La segunda crítica que lanzó Vial a Jara, respondía a que no comprobaba que “la esclavitud de los aborígenes se impuso como un verdadero estilo de Indias en el Reino de Chile...antes de la Real Cédula de 1608 que iba a consagrarla como norma legal”. Esta cita y tesis de Jara, Vial la confrontó argumentando que aquel omitía “correlacionar este abuso con las circunstancias de la época”, las que obedecían a la sublevación de los indígenas en 1598.⁶ Para Vial antes de la ordenanza de 1608 la esclavitud había sido esporádica. Nada más.

Y antes del desastre de Curalaba, tampoco había sido tal. Vial cuestionó los documentos que Jara utilizó, al sostener que no se podía deducir de ellos que hicieran referencia abierta a la esclavitud. De los 32 que ocupó Jara, solo 5 lo hicieron directamente, afirmó Vial, expresando que relataban casos esporádicos de esclavitud perpetrados en forma clandestina, además de prohibidos y castigados por las autoridades civiles y religiosas del Reino. Argumentaba que por lo mismo era “insostenible ampararse en ellos para sostener que la esclavitud es ‘un verdadero estilo de Indias’, antes de 1598.” Además, agregó que las órdenes religiosas, celosas

⁶ Vial (1964: 431) sostuvo que “Los pobladores despavoridos, contestaron al terror indígena con su propio terror y la esclavitud formó parte de este último. Fue un escarmiento, por cierto injusto... pero quizá no del todo inexplicable. No es un criterio histórico acertado medir con la misma vara las sociedades en situación normal y las que se hallan en crisis”.

del cuidado indígena, no hubiesen silenciado tales prácticas. Las cartas enviadas a la corona en la época nada de ello manifestaban.

Por más diferencias que haya tenido con Álvaro Jara, no hubo ningún tipo de descalificación. Si bien Vial situaba implícitamente a Jara en el grupo de los historiadores marxistas, no lo quiso hacer abiertamente, puesto que ese modo hubiese conducido a rescatar algo bueno de estos. Prefirió, por el contrario, no hacerlo, para impedir que ello hubiese significado reducir *Guerra y Sociedad* a un mero panfleto político como ya lo había hecho con la producción historiografía de esta tendencia cuando le tocó reseñarla.

4.3. Sergio Villalobos

Tradición y Reforma en 1810, publicado en 1961, fue reseñado por Javier González Echenique (1962: 339-341). Fue una reseña crítica, pero con un tono más amistoso que polémico, en donde se criticó aspectos marginales como por ejemplo que el autor haya omitido hablar de las corrientes ideológicas y jurídicas tradicionales antes de 1808 cuando justamente su estudio hacía referencia a la tradición. González decía que en una “obra que alude en su título a la tradición, se imponía un estudio crítico, aunque fuese solamente en una nota, de las tesis existentes sobre el particular.”

Por otro lado, le atribuyó hacer uso de razonamientos falsos deducidos de cuestiones que ni Encina ni Jaime Eyzaguirre dijeron en sus libros que tratan sobre la independencia de Chile. A eso, González le sumó que muchas aseveraciones a lo largo de la obra eran discutibles, pues no se basaron más que en una sola autoridad; que no profundizó en la enseñanza y la cultura de la época y que estimaba temas resueltos cuando aún eran focos de discusión. Finalizó la reseña González diciendo que la “la obra de Villalobos es un útil resumen de puntos de vista ya conocidos, expresados en una forma literaria fácil, y que ofrece aportes nuevos en contados aspectos parciales.”

4.4. Conclusiones del capítulo

Como se advirtió hasta acá, los trabajos señeros de estos tres jóvenes investigadores fueron tratados directamente en la sección Reseñas de la revista *Historia*, lo que no deja de ser importante, puesto que ello significó que estaban considerados, para bien o para mal, en el imaginario de estos intelectuales. Por el contrario, las obras menores, léase esto como artículos, tuvieron, de igual modo, un lugar en el Fichero Bibliográfico, en el que se desarrollaban recensiones menos

detalladas, pero que debido a su organización, servía a quienes deseaban enterarse de lo que se había publicado sobre la historia del país.

Así, en esta última sección de *Historia*, por ejemplo, se reseñó en el mismo número que se hizo mención a *Tradición y Reforma en 1810*, un artículo de Villalobos, “El comercio extranjero a fines de la dominación española” (1962), respecto al cual se sostenía que el estudio demostraba

...muy buen conocimiento del tema, y la conclusión del autor parece plenamente probada. La importancia de tal conclusión debe considerarse no sólo en relación a la historia económica, sino también con la historia política, ya que el problema de las restricciones comerciales se ha estudiado a menudo entre los antecedentes de la emancipación. En resumen, el trabajo de Villalobos es de un valor innegable.⁷

Texto que, sin duda, servía para refutar la tesis defendida por Hernán Ramírez en *Antecedentes económicos de la Independencia de Chile*, historiador marxista afiliado al Partido Comunista. En este mismo número hay dos reseñas más y solo son descriptivas donde no se cuestionan las tesis defendidas por Villalobos, lo mismo que con el resto de estos historiadores. A decir verdad, no hubo una disposición deliberada por refutar todo lo que produjeron estos investigadores. Existían matices por cierto y se discutía con ellos, pero la crítica se hacía con un tono mesurado que no alcanzaba a una polémica en la que haya preponderado la descalificación, por lo menos a través de esta revista.

42

5. Palabras finales

En este trabajo abordamos cuál fue la posición que adoptaron frente a los jóvenes investigadores del Instituto Pedagógico asociados con influencias de los *Annales* franceses, las dos publicaciones de historiografía de corte conservador más importantes de la época, ambas dirigidas por Jaime Eyzaguirre. Vimos que durante la década de los cincuenta, antes de que ellos obtuvieran su grado académico y se fundara *Historia*, el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* no les cerró el paso, dando respaldo a sus motivaciones iniciales. Si bien solo dos de ellos, Jara y Villalobos, publicaron algunos trabajos, el otro, Mellafe, fue galardonado por la Academia.

⁷ “Villalobos R., Sergio. El comercio extranjero a fines de la dominación española. En *Journal of Inter-American Studies*. Vol. IV. Octubre 1962. N°4. Gainesville, Florida. 517-544”, *Historia* 2, 1962-1963, p. 286.

En cambio, en la década de los sesenta, luego de crearse la revista *Historia*, que contenía a un gran núcleo que pertenecía a la Academia, ninguno publicó mientras Eyzaguirre fue el director. No obstante, sus primeros libros fueron reseñados por la revista del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Católica. Recensiones que si bien no fueron del todo favorables, sí aceptaron las nuevas apuestas historiográficas, al contrario de lo que ocurrió con el otro sector de la historiografía chilena perteneciente al Instituto Pedagógico o que habían egresado de allí, los historiadores marxistas.

A decir verdad, ambas publicaciones se comportaron de un modo muy distinto frente a los historiadores del Pedagógico, negándose a incluirlos a todos como si fueran parte de una misma escuela o tendencia historiográfica o, como se señaló, parte de una misma “tradicción”. Así, la lectura que concibe dos tradiciones, debería ser matizada, con el objetivo de dar cuenta de la historicidad del periodo que vio aquella renovación historiográfica a mediados del siglo XX. No se logra, por último, advertir una tensión entre estas dos tradiciones que puedan consignarse como en permanente conflicto.

Los intelectuales conservadores hicieron una lectura que clasificó a un grupo de historiadores dentro de un cuadro denominado marxismo, y separó de ellos, a otros tanto. Unos, que con cuyo rigor aportaban al conocimiento de la historia, y otros, motivados por el clamor político y el dogmatismo propio de la izquierda, gran diferencia, como se aprecia. Los historiadores del Pedagógico como Jobet y Ramírez, y los más jóvenes, no fueron, insisto, ni siquiera mencionados en la década de los cincuenta en el *Boletín*, para ser en la de los sesenta, objeto de una furibunda crítica a través de *Historia*. Esto nos conduce a que no se puede asegurar que haya habido una tensión conflictiva entre una tradición del Pedagógico y una tradición hispánica, sin más. La historia dice otra cosa y de ello depende ver cómo se han ido forjando las mismas tradiciones.

Bibliografía

A.A. (1959): “La introducción de la esclavitud negra en Chile. Tráfico y rutas, por Rolando Mellafe, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1959”, *BACHH*, 61, pp. 192-193.

Araya, A. (2005): “Rolando Mellafe Rojas. Los tiempos de un historiador en el tiempo de las cartas”, en M. T. González (Selección y notas), *Epistolario de Rolando Mellafe Rojas*. Santiago, DIBAM, pp-23-46.

Céspedes, M. (1956): “Índice de la Colección de historiadores y documentos relativos a la Independencia de Chile, por Sergio Villalobos. Edit. Universitaria, 1956”, *Anales de la Universidad de Chile*, 103, pp. 246-247.

De Ramón, A. (1996): “Discurso de recepción de don Alvaro Jara Hantke”, *BACHH*, 106, pp.315-324.

E. P. S. (1956): “Índice de la Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile por Sergio Villalobos R. Santiago, 1956, 108 págs.”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 124, p. 363.

Eyzaguirre, J. (1958): *Fisonomía histórica de Chile*. Santiago, Editorial del Pacífico.

Eyzaguirre, J. (1963): “Treinta años de la academia”, *BACHH*, 69, pp.5-10.

Fredes Aliaga, C. (1956): “Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile, Segunda Serie, Tomo I, (1558-1572), cuya clasificación, versión y exámenes estuvieron a cargo de Rolando Mellafe y Alvaro Jara. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina. Santiago, 1956”, *Anales de la Universidad de Chile*, 104, pp. 276-277.

Góngora, Á., A. de la Taille y G. Vial (2002): *Jaime Eyzaguirre en su tiempo*. Santiago, Editorial Zig-Zag.

González, M. A. (2020): “Reseñando a la historiografía marxista. El caso de la revista *Historia* de la Universidad Católica, 1961-1970”, *Izquierdas*, 49, pp. 1281-1296.

González Echenique, J. (1961): “Rolando Mellafe: Introducción de la esclavitud negra en Chile. Tráfico y rutas. Universidad de Chile. Santiago. 1959”, *Historia*, 1, pp. 344-347.

González Echenique, J. (1962-1963): “Sergio Villalobos R.: Tradición y reforma en 1810. Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago de Chile.1961”, *Historia*, 2, pp. 339-341.

H. R. N. (1956): “Alvaro Jara, *Legislación indigenista de Chile*, Ediciones del Instituto Indigenista Interamericano, México. D.F., 1956”, *Aurora*, 7, p. 106.

Jara, Á. (1954): “Pineda y Bascuñan, hombre de su tiempo. Tres documentos.”, *BACHH*, 51, pp. 77-85.

Jara, Á. (1956a): “Fuentes para la historia del Trabajo en el reino de Chile. I. Tasa de Francisco Laso de la Vega, 1635”, *BACHH*, 54, pp.119-133.

Jara, Á. (1956b): “Fuentes para la historia del Trabajo en el reino de Chile. II. Cuenta y relación de los jornales en el obraje de Peteroa, 1602-1609,” *BACHH*, 55, pp. 94-140.

Jara, Á. (1958): “Fuentes para la historia del Trabajo en el reino de Chile. III. Alquileres y ventas de indios, 1599-1620.” *BACHH*, 58, pp.102-135.

Jara, Á. (1959): “Fuentes para la historia del Trabajo en el reino de Chile. IV. Administración de los bienes y censos de las comunidades de indios.” *BACHH*, 61, pp.156-181.

Jara, Á. (1965): *Fuentes para la historia del trabajo en el Reino de Chile*, Tomo I. Santiago, Centro de Investigaciones de Historia Americana, Universidad de Chile.

J.E.G. (1958): “El prejuicio racial en el nuevo mundo. Aristóteles y los indios de Hispanoamérica, por Lewis Hanke. Colección América Nuestra. Editorial Universitaria. Santiago de Chile, 1958”, *BACHH*, 58, p. 139.

Mellafe, R. (1959): *La introducción de la esclavitud negra en Chile. Tráfico y rutas*. Santiago, Universidad de Chile.

Mellafe, R. (1995): “Curriculum Vitae de Rolando Bernardo Mellafe Rojas”, *Cuadernos de Historia*, 15, pp. 7-34.

Mesecke, E. (1955): “Diego de Almagro. I. Descubrimiento del Perú. Rolando Mellafe. II. Descubrimiento de Chile. Sergio Villalobos. Universidad de Chile. Instituto Pedagógico. Dep. de Historia. Stgo. 1954.”, *Extremo Sur. Revista de Literatura*, 2, pp. 26-27.

Ortega, L. (1987-1988): “La historiografía económica de Chile. Reflexiones y balance”, *Dimensión Histórica de Chile*, 4-5, pp. 49-74.

Pinto, J. (2016): *La historiografía chilena durante el siglo XX. Cien años de propuestas y combates*. Valparaíso, Editorial América en movimiento.

Quiroz, E. (2012): “Una revisión historiográfica en torno al nombre de Álvaro Jara: a modo de introducción”, en E. Quiroz, coord., *Hacia una historia latinoamericana: homenaje a Álvaro Jara*. México, Instituto Mora, pp. 13-44.

- Salinas, A. (1994): “La historia como dedicación”, *Mapocho*, 35, pp. 201-229.
- Silva Vargas, F. (1966): “Alvaro Jara: Fuentes para la historia del Trabajo en el Reino de Chile. Legislación –Tomo I. Universidad de Chile. Centro de Investigaciones de Historia Americana. Santiago de Chile. 1965”, *Historia*, 5, pp. 299-301.
- Villalobos, S. (1955): “Dos cronistas: Alonso Borregán y fray Antonio Vázquez de Espinoza”, *BACHH*, 53, pp. 116-153.
- Villalobos, S. (1957): “Alvaro Jara, *Legislación indigenista de Chile*, Ediciones del Instituto Indigenista Interamericano, México. D.F., 1956”, *Anales de la Universidad de Chile*, 107-108, p. 440.
- Villalobos, S. (1958): “Chile en 1852 según el diario del marino sueco C. Skogman”, *BACHH*, 58, pp. 19-49.
- Villalobos, S. (1980): *Historia del pueblo chileno*. Santiago, Zig-Zag.
- Villalobos, S. (2000): “Feliú Cruz: el magisterio de la historia”, *Mapocho*, 48, pp. 313-323.
- Vial, G. (1964): “Alvaro Jara: Guerre et Societe au Chili. Essai de Sociologie Coloniale. Traducción y notas de Jacques Lafaye. Institut des hautes études de l’Amérique Latine. Paris. 1961”, *Historia*, 3, pp. 430-433.

Fecha de recepción: 1 de diciembre de 2019

Fecha de aceptación: 3 de enero de 2020